DE COMO LA VIRGEN ENSEÑABA A LEER AL NIÑO

POR

RAMIRO REIG, S. I.

Pues, señor, érase cuando la «Fere» aún no había constituído la forma católica de quitar los mocos y las madres se las tenían que apañar para hacerlo todo con sus hijos: enseñarles a leer y a ser buenos...

La Virgen cogía al niño bien de mañanita y se ponían en el banco que hay junto a la higuera, conforme se sale, a la izquierda. El sol daba en la cal blanca y se acercaba el mar sacando todo el brazo mojado por un pozo.

Siempre empezaba rezando un poco en voz baja. ¿Que cómo lo sé? Porque los ríos lo grabaron y lo van cantando. Pedía casi como nosotros: conocimiento interno de Jesús para que más le ame y le enseñe. Porque para enseñar no hay que saber muchas cosas, sino conocer y amar al discípulo.

Le enseñaba a leer y a escribir como quien le enseña a todo. El habla es la expresión; la lectura, la comprensión. Sístole y diástole, ¿no? El corazón. Y ahí está todo. Morirse es quedarse con la palabra en la boca, haberse comido el corazón y atragantarse el hueso. No dejar que uno diga lo que quiere es matarle.

Aprender a leer es asimilar el sentido de las cosas, el amor. La Virgen mojaba las palabras en la punta de la lengua con un poquito de saliva, como hacía con Jesús para quitarle las legañas o las roñas de la frente.

—Otra vez, que me haces cosquillas —decía Jesús. Decían. Pronunciaban las palabras. Y se despertaban con los ojos claros y limpios de los libros, donde se caen dormidas y hasta se mueren. Los libros son como las cabezas de los sabios. Desmelenadas, metidas en bibliotecas, las palabras se les tornan piojillos. Y hasta gusanos de esos que se comen a los muertos. Hay pocos libros viejos de esos que crujen como los pasteles de hojaldre y se les cae la mermelada por los cantos dorados.

La Virgen les echaba un poquito de saliva a las palabras y se ponían pimpantes otra vez, como si resucitasen. A lo mejor por eso Jesús, para curar al ciego de nacimiento, le puso también saliva. Los ojos son tan charlatanes, que la necesitan. Abrirlos es como enseñar a leer y a hablar a un mundo entero. Tal vez se acordó de lo

que su madre hacía, y cómo cogía cada palabra y la pegaba con un beso, como si fuesen soldaditos de plomo rotos o sellos de una carta de amor. O tal vez se acordó que El era Dios y que había creado así el mundo: con un poquito de saliva. Dándole la palabra.

Aprendiendo a hablar y a escribir Jesús, lo iba aprendiendo todo. El incomprensivo no sabe ni leer, aunque sea un sabiazo que se haya tragado ultramarinos enteros de especies impresas y expresas. Como el hipócrita no saber hablar, aunque sea el que tiene las mejores palabras.

Leer es escuchar y hablar es leer en el corazón del que está enfrente. Esto parece un juego de palabras. Puede que sí. Ella se lo enseñaba al niño con un juego. Le decía que los besos mejores se dan con las orejas, dejando que las palabras de los otros nos den su calorcillo. Se estaba un rato quieta con el oído pegado al aire, como los indios escuchan la tierra. Y oía el tam-tam de todos los corazones. Lo pegaba al pozo y oía que tenía cinco ríos por marido. A lo mejor sí que era un juego, y leer es algo tan serio como desanalfabetizarse, que es una palabra que ocupa toda una línea cerrando la calle como una manifestación de protesta.

Yo creo que no. Que leer es algo más. Aquí sí que la cuestión social no se arregla sin amor. Aumentan los salarios culturales, pero suben los gastos. Hay una inflación de charlatanería. Cada vez hay menos analfabetos, pero más tontos, más sabiondos. Más que saben leer, menos que saben ver, oír, oler, gustar..., adivinar. Nosotros creemos que los analfabetos son esos paletos que van a la ciudad y no saben leer los anuncios luminosos. Más bien los paletos deberían ser el infinito número de los necios (aunque en el Nuevo Testamento hemos mejorado bastante) que van por el mundo sin saber leer con humildad en los hombres.

La Virgen abría un catón grande como un paisaje. Allí plantaba las letras. Vais a ver cómo enseñaba. Primero, a deletrear: de acacia la a, las tres aes. Porque cada una es distinta y ninguna le va bien a abracadabra; las cosas no nos las inventamos nosotros, son antes que las palabras. Los que hablan bien, quiero decir, los que aman bien, tienen una palabra para cada cosa, como si fuesen nombres de la familia. Por ejemplo, *verbi gratia,* el nombre de Dios: Jesús tiene nombre no de estornudo, como se creen los cristianos tibios y resfriados, de sopetón y jaculatoria en el último momento..., sino de salvación, de *tutti-frutti,* de buen gusto de todas las cosas.

Por eso iban muy despacio en las primeras lecciones. «¿Ves? —le decía—, esto es la V..., la V de victoria», añadía un poco triste. A Ella no le gustaba eso de andar por ahí peleándose y venciendo. La V

tiene forma de enchufe, es como esos que se cuelan antes por recomendación y con trampa. La letra de las que vencen en la vida. Lo auténtico no es la V que pasa delante, sino la B, el que todas las cosas empiecen por B y estén llenas de bondad y belleza.

En cambio, le gustaba mucho la H. La h es el enredo padre, el problema número uno. Es la complicación del hombre, que se escribe siempre con h, como si estuviese clavado al poste del cuerpo. Pero es también la sencillez. Tú escríbela así, ¿ves?, como un silla..., h. Porque la h de hombre es donde descansamos, como si el alma tuviese una silla puesta en la fachada al sol. Gracias a la h, pensaba la Virgen, tengo a Jesús, que es hombre y que es hijo. Si no fuese por la h... No, no. Hasta puede ser una herejía quitar la h y decir que Jesucristo es el ousión, el homo-ousión.

Por eso, cuando una palabra crece con una h intercalada, ésta no es un mechón rebelde, sino un surtidor fresco o un naranjo en el patio. Es el perfume de azahar, el alba de alhelí, las plumas de almohadón, el respiro de ahogo.

Esta lección de la h intercalada la repasaban muchas veces.

—Si ya me la sé, madre.

—No, no, que es muy difícil.

Lo que pasa es que a Ella le gustaba tanto para poder ir pensando en Jesús. Jesús es Dios con una hache intercalada, Dios-h-ombre. Dios con una pestaña, como una pajita haciendo parpadear ya siempre su mirada, con una espina, un temblor. La h «interclavada» es una lanza con que los hombres, hurgando en Jesús, han llegado hasta el corazón de Dios.

Hay muchas más con h en medio. Ahora también tenía que llevarla, porque es la puntualidad de cada cosa, el que cada cosa tenga su momento y su gracia, su oportunidad. ¿Hay algo más dulce que eso? ¿Hay algo más profundo que a-h-ondar?

Sólo hay dos excepciones —ya se sabe que la Gramática, como las señoras, siempre se deja algo a última hora—, dos, en toda una regla general. Una es ahorcado. Pero ¿sabéis por qué? Por subirse a la silla y colgarse, en vez de tener la alegría humilde de sentarse a esperar en la h, en la complicación. Todos los que se ahorcan son unos desesperados. Qué tontos... Si todo pasa, hijo mío, decía Ella. Los complementos circunstanciales y los directos, que siempre van en acusativo y acaban en m, con perdón. Lo único que queda es el Verbo de Dios, el Ser.

La otra excepción es hueco, que es donde el eco hace uh-hu y mete miedo. Pero bien mirada esta excepción a la regla de que todas las palabras con h son estupendas, es una ganga todavía mejor. De

verdad, de verdad, resulta que tener miedo es la mejor alegría. Porque la misericordia de Dios es para los que le temen, y hacerse un hueco con un pecado es un susto que lleva el eco de Dios. El Señor nos ha hecho con un hueco en medio, con el corazón que se asusta y donde siempre cabe la gracia.

Esta lección, como era tan larga, se acababa siempre de noche; así que había que acompañar al niño a la cama. Se quedaba a oscuras, con un poquitín de miedo, llamando a su madre —¿estás ahí?—, hasta que se quedaba dormido.

Otra de las letras preferidas de la Virgen era la i. Debería ser la nuestra, porque le debemos mucho. Hay que quitarse esa manía tan desagradable de poner los puntos sobre las íes, que es como darle un pellizco con rabia a lo que otro ha hecho.

El punto de la i es otra cosa. Basta mirarla una vez para darse cuenta que la i es como los dedines de los niños que se hurgan las narices. A la Virgen le hacía mucha gracia ver escribir al niño desde bien pequeño, por su cuenta, sin que nadie le enseñase. La primera vez que ocurrió, al reírse, nació la brisa. Fijaos ya qué aportación de la i. Hasta entonces había viento, aire, pachorra... Pero ¡brisa!... La brisa es una risa con b delante, como una ramita de laurel de esas que llevan los novios a las romerías temblando en la boca. La brisa es una sonrisa. Y ya sabéis por experiencia lo que es una son-risa: una risa con música suave, con un son y un ton. La boca se abre entonces como el arco de un violín, y el aire se hace dulce... «¡Eso es! Lo has hecho estupendo.»

Bueno, pues para enseñar al niño a escribir bien la i, sin borrones al poner el punto, a la Virgen se le ocurrió guiñar un ojo. «Mira..., así...» Pero ¡que si quieres! El punto de la i es la trastada, la travesura. La Virgen no pudo con él y ha seguido para siempre haciendo diabluras. Se las da de mayor y se pasa el día dando cabes a la pelo iiiiiii, declinando las delanteras y contando los puntos positivos del Madrid. Hasta se fuma el primer pitillo y... ¡qué gusto la voluta de la i! Es igual. Ella le seguirá guiñando el ojo para ver si al fin aprende.

Por eso lo mismo que hay la Virgen de la O, está la Virgen de la I, que es la Patrona de los titiriteros, que van siempre tirando las bolas al aire. Es una Virgen con los ojos entornados, como el gradulux, para hacer que no ve que no podemos estar quietos.

Ojalá escribiésemos siempre con i, pero no con y de la otra. Quieren decir lo mismo, ¡pero son tan distintas! La y, caída entre las líneas, es como los chopos que cortan en la carretera. Es un deseo viejo y gastado que necesita otra cosa, y otra, y otra, y otra, y nunca se sacia.

Siempre sola, tirada. En cambio la i es el deseo de los niños. Ya puede ser una trastada gorda, que si la escribimos con i, la Virgen siempre guiña los ojos y vuelve la brisa. ¡Menos mal que Dios nos escribió con corazón, con un punto sobre la i! Va mucho, eh, de ser caña (por muy pensante que sea) a ser hombre. De ser a a ser i.

Cuando ya había aprendido todas las letras, estaba ya lo más difícil. Venía entonces el deletreo: la p y la a, pa... La Virgen había inventado un método que se aprendía más fácil, tres o cuatro de una vez y hasta los verbos irregulares al mismo tiempo. La m y la a..., la mesa y el pan; madre..., el suspiro y el mar; se marchó..., el secreto y la flor... Ni la Virgen sabía traducir el amor.

¡Cuántas otras cosas le enseñaba leyendo! Sobre todo quería que fuese delicado, como si hubiese de ser cada vez la palabra redentora. Cada palabra, como cada hombre, tiene su declinación; de mí..., para mí..., sus caprichos, y le has de dar gusto. Si alguna se equivoca la tachas con cuidado, como si le pusieses un pentagrama encima, para que, aunque se pierda la letra, se siga oyendo su canción. No las reprendas, ni las aprietes, como si les echaras rejas o las amordazases para siempre. Las páginas con muchos tachones son que han tropezado mucho, llenas de tafetán y esparadrapo. En esas páginas el corazón se habrá caído tantas veces...

Ahora, las interrogaciones. La Virgen le enseñaba a ponerlas en su sitio, abriendo paso sin codazos. Preguntar es señal de humildad, una de las obras de miseria —preguntar lo que no se sabe— que nos premiará Dios con su misericordia, si lo hacemos bien. Ella le preguntó al ángel cómo podía ser aquello. Se lo preguntó igual que Zacarías, pero con fe, sin pedir pruebas. Lo malo no son los interrogantes que se tengan, sino el tono en que se pongan. Los hay que se plantan con una amenaza desconfiada, como un salteador embozado en cada esquina de línea.

Por ese afán de delicadeza, para Ella no había signos de interjección, voces de mando. Esos signos son como el «alto, manos arriba», que ponen los guardias; como los toros que embisten —¡allá voy!—, con dos afilados cuernos en el encierro del párrafo. Les llamaba siempre signos de intercesión y enseñaba al niño a ponerlos como dos brazos sacerdotales, intercediendo y suplicando por aquella palabra que nos sale con un deseo más profundo del corazón.

Quería que aprendiese bien esos signos de admiración, ese abrir los brazos en alto como los amigos que no se han visto hace tiempo. Desde pequeñito, cuando aún no podía entenderle, le levantaba brazos arriba, como hacen las madres, y le decía piropos. Aunque tal vez eso ya Jesús lo entendió. Porque estando por encima de todo y siendo

ya mayor, se admiraba de cosas insignificantes: de una hierba, de un soldado... Y yo no sé si en la cruz Jesús niño se muere admirando que el Padre celestial sea tan bueno y los hombres tan... hombres, tan hermanos. Con una gran voz —intercesión, no interjección— entregó su espíritu.

Lo que la Virgen quería era colgarle esa escopeta de dos cañones, ¡eh!, como las de cazador, y que fuese con ilusión por la vida. Qué gozo da admirarse. Las palabras con esos signos entran con fuerza, como el balón bien colocado entre los postes. Parecen cantar y bailar y hasta tocar unas pequeñas castañuelas. Pon esos signos en todo, a todo recíbelo diciendo ¡magnífico! Porque todo viene de Dios y se merece un título regio. Abre el alma de tal manera que los otros no necesiten levantar la voz para que tú les oigas, y ponerse ellos mismos, como dos muletas, esos signos para arrastrarse hasta ti. Míralos con admiración, y su corazón se levantará resucitado.

Cuando Jesús se había sabido muy bien la lección, le premiaba a estar de rodillas brazos en cruz, cara al campo. No hay premio más maravilloso que poderse admirar de todo. La Virgen no sabía —ni falta que hace— que, enseñándole a hablar, a leer y a vivir, le enseñaba filosofía. Eso que llevaba por delante, si había de ser cura...

Otra cosa importante era aprender a conjugar las palabras. Algunos se piensan que las palabras sólo saben un juego. Ponerse en fila y, ¡hale!..., yo vengo, tú vienes, él viene, nosotros venimos, vosotros venís, ellos vienen. No. Los juegos de las palabras son infinitos.

«Mira —decía enseñándole una página llena de palabras—... Levanta una y verás.» El niño la movía con cuidado, como una piedra que escondiese un alacrán, y debajo, ¡si hubierais visto qué hormigueo! Así, una, dos, tres... Todas las palabras eran como un corazón que quería decir siempre algo nuevo, como un niño con la boca llena que pide más chocolate.

Hay que jugar con ellas, conjugarlas en todos sus sentidos. Las líneas son como serpentinas de colores que se tiran al aire con alegría. Y ya sabéis lo que es una serpentina. Es una serpiente echándose a volar redimida. La Virgen en esto de serpiente entiende, me parece a mí. Pues Ella decía que la redención de las palabras, y la de la vida, está en jugar con ellas, en llenarlas de colores y de imágenes, como las iglesias se llenan de santos que nos recuerdan a Dios. Si Dios ha dicho que era árbol, fruto, verde, estrella, niño, azul..., *eminenter*, pero todo eso, no vamos nosotros, que hablamos mucho peor, a pretender tratar con El a base de cuatro palabras portándose *formalissime* en su presencia. Por muy esenciales que sean.

Si dejamos que las palabras se arrastren así, como suenan, nos

perdemos lo mejor y nos exponemos a que nos engañen como chinos. Hay que echarlas al aire. Las sentencias lapidarias, precisas, lógicas, son como las niñas con dos trenzas: un poco tontas. Tienen forma de epigramas y música de responsorio; eso que se canta a los muertos, pero capaz de matar de aburrimiento y sueño a los vivos.

Las mentiras vienen cuando las palabras no se dejan mirar al trasluz y circulan de prisa. ¡Uy, uy!..., billete falso. Las mentiras no están en las imágenes, ni mucho menos. Me diréis que la serpiente engañó a Adán con una imagen: seréis como dioses. No, ¡qué va! Lo que pasa es que Adán y Eva... No sé, no sé, no quisiera hablar mal; pero a mí me parece que, como eso del amor se les dió ya hecho y sin competencia, no se habían puesto a imaginar piropos. Si no, ya se habrían dicho ellos mismos la verdad, que eran como dioses sin necesidad de tomar pócimas, y no le hubieran timado.

La cuestión esta de las imágenes la tomaba la Virgen muy en serio, casi con pasión oriental, porque era la manera de hacer a Jesús delicado y sensible ante todas las cosas. Cuando bajaban al río, le decía que los álamos eran los bastones blancos que le llevaban en su correr ciego al mar. Los días de niebla, en vez de enfadarse, le enseñaba cómo ésta vendaba con cuidado el aire herido de sol, con gasa mojada en los ríos. Y si aún se nublaba más, lo justificaba con que era el humo que quedaba después de haberse pasado la noche velando y fumando estrellas hasta apurarlas. Cuando bajaban al mar —no sé a qué mar, o a lo mejor es que el mar subía a verles— le señalaba las velas de los barcos como un manto de verónica para enjugar los azotes de las estelas... Y los campos con el primer brote, como el bigotillo de bozo, que hace tanta ilusión a los chavales..., y las olas, que son los lirios del mar, que riega, ¡y de qué manera!, el mismo Dios..., y mil y mil cosas...

Míralo todo con cuidado, hijo mío. Todo es tan hermoso... Viejo o nuevo, todo es del arcón del Padre celestial. Súbete a caballo del corazón y ve por el mundo tocando tambor y platillos para despertar a los tristes. Lo principal es que te asomes a cada palabra no como a una taquilla, a cobrar, sino con amor. Sin rasparla. El corazón es como una lupa que acerca el misterio ajeno. Como participa del sol, del amor, ha de estar sólo un ratito. Yo he visto quemarse muchos manuscritos por no ser fieles a esto. Tantos amores se pierden por no respetar su misterio divino...

Para escribir le llevaba la mano muy despacio. Hay palabras que son como clavos, duras, que llevan la rabia de muchos hombres. Afiladas o pastosas..., es igual, pero palabras enfermas y contagiosas. La Virgen le pasaba la manita por allí. «¿Pica?» «Sí...» «Bueno, aguanta

un poco más...» Y se la sostenía allí, como cuando le quemaba la cataplasma en la garganta. Ella no sabía bien por qué lo hacía. Son esos instintos de las madres. Como si aquellas palabras que llevaban todos los pecados de los hombres hubiesen de pasar por su mano, quedarse clavadas allí... Después de escribir, la Virgen le lavaba las manos.

Estaba también el capítulo de cuentas. Mucho menos importante, porque, si se sabe hablar, lo demás viene por añadidura. Como que si se sabe rezar el Padrenuestro y el venga tu reino, las cuentas ascéticas son coser y cantar.

A la Virgen le gustaba, porque para Ella contar se enseñaba cantando, y la tabla de multiplicar era nada menos que un milagro —se multiplica el trigo, la luz del sol, las olas del mar...— que contaba la gloria de Dios. Ella no tenía máquinas calculadoras, porque era tanta su pobreza, que nadie le regalaba una. Ni Dios quiso darle esa infalible máquina de calcular que lleva todo el tecleo del egoísmo. Por eso no puede ajustar cuentas a nadie y es la madre de misericordia.

¿Queréis oír cómo enseñaba al niño a contar y a cantar? Nada más le enseñó hasta 24. Lo que tiene un día. Ya hay bastante con día, ya es bastante difícil, le decía. Luego, cuando se te acabe, vuelve a empezar.

No sé si luego le enseñaría más, hasta 50, 100... Algunos intérpretes de la vida oculta dicen que sí, exagerando aquello del crecía... Se basan en que había de saber contar las ovejas del rebaño. Y no digamos como Juez universal de los millones de hombres. ¡Qué tontería! Si no nos cuenta como borregos... El Buen Pastor conoce a cada uno por el nombre y nos llama.

Bueno, lo que sea. Que cada uno coja su sentencia, pero no condene y sentencie a muerte a las de los demás. El caso es que para enseñarle, Ella cantaba aquello de los niños cuando juegan a cabriolas: a la una, la luna; a las dos, el sol... Con los números y las horas hacía una letanía para que así a Jesús no se le olvidase nunca la tabla.

A la una, la luna; a las dos, el amor; a las tres, entrar en la escuela; a las cuatro, estar distraído; a las cinco, los de los Bancos; a las seis, la merienda; a las siete, la cita; a las ocho, las clases nocturnas; a las nueve, la cena de los niños; a las diez, los dos juntos; a las once, la madre cose; a las doce, la otra vida; a la una, los del segundo turno; a las dos, los cabarets; a las tres, los serenos; a las cuatro, pide agua el enfermo, se levanta el de las oposiciones; a las cinco, las taquilleras del metro; a las seis, misa; a las siete, la nueva vida; a las ocho...; a las ocho y cuarto, Juan Antonio; a las nueve,

los del sueldo; a las diez, la madre sola; a las once, la compra; a las doce, los burgueses; a la una, las flores...

Lo que yo no sé es si le enseñaba a contar o a rezar. Si lo que le decía es que no hay que tener una hora de oración, sino todo el día. Y así, tan sencilla, tan tranquilamente. Orar es ponerle h al deseo del corazón; de cada momento, al amor. ¿Veis cómo se confirma la regla de la h? Se hace el deseo cálido y humano, humilde y necesitado de Dios. La mejor forma de orar debe ser «horar» sin inquietarse por la compra —el negocio o la ascensión espiritual— de mañana. Si me dejáis un juego de palabra, ya que a la Virgen le gustaban, la mejor plegaria que dicen los técnicos es la adoración, ese bajarse de la criatura, se convierte en algo más sencillo, continuo y maravilloso: la ahoración. Vivir la nada y la gracia de cada momento. *Hic et nunc.* Pero bien traducido. Este y ahora. El, nuestro buen Dios, en el diálogo de cada momento.

Un poco de decisiones tenía que saber para ser más bueno, pensaba la Virgen. Quebrados hay mucha gente que no sabe, pero lo que es quebraderos de cabeza y temblores de corazón, llevamos todos tantos... Ella le iba enseñando con ellos cómo son los hombres.

El común denominador es el amor, hijo mío, todos somos reducibles al amor, aun los más malos. Multiplícalo por los otros, dales la mano, y verás cómo todos se reducen a eso. Todos llevan debajo de la línea de flotación, de lo que aparece y se enseña, el calado profundo del corazón. A veces se hunde mucho, pero no hay en ninguno en quien no vuelva a salir a tomar aire.

El numerador es distinto en cada uno. Es lo que a cada cual le ha tocado de amor. Y como partir siempre es hacer daño, ser hombres nos pesa y duele como la carga de un borriquillo. El amor tiene que salir a la vida doliendo. Es lo que nos numera, lo que nos marca y hace nosotros, cada uno. Siempre es menor. Siempre el amor le gana. Pero entre los dos siempre damos un resto amargo, como el que tú te dejas en la cuchara de ricino y que la madre tira como si no viese. Todas las cosas que hacen los hombres las hacen a medias, con un cociente inexacto, como un poso en el culo del vaso. No hagas caso. Baja la cifra siguiente a ver si aciertan un poquito más y se van acercando.

¡Qué cosas tenía la Virgen! Mira tú que adivinar la participación tomista y hasta la refutación de Hegel y de cualquier tonto idealismo...

Contando estas cosas estaríamos tiempo y tiempo, y esto sería el cuento de nunca acabar. Otros muchos milagros hizo Jesús en este tiempo —¿qué milagro mayor que el aprender?— por intercesión de Nuestra Señora. Los cuales si fueran todos escritos, como dice San

Juan, no habría libros suficientes en todo el mundo. Estos han sido puestos para que creáis que Jesús era el Cristo, el hijo verdadero de la Virgen, y creyendo tengáis vida en su nombre. La vida intelectual también es en su nombre.

Yo no sé, pero me parece que lo que la Virgen le enseñaba era mucho más que los acentos, las g o las j. Ella quería que Jesús supiese leer entre líneas, adivinar ese murmullo interior que va debajo de toda esta tira de palabras, como un manantial, como el Metro. Leer en la vida el cansancio oculto, mal pagado, que llevan los hombres como un subterráneo. Y decir las palabras en su frescura original, con un alma libre, «fresca», porque en la humildad sabe que nada puede dañarla o corromperla y no necesita cubrirse de apariencias y celofán.

Los hombres son niños, pero que se tapan las piernas largas, peludas, con pantalones largos. Ved la diferencia: los críos se pasan la vida dando puntapiés a la pelota y acaban dejando la cabeza dormida sobre su madre. Los hombres empiezan siempre con la cabeza bien tiesa, pero acaban pataleando como los niños cuando no les salen las cosas que calculan. Es igual, ¿no? Pero al revés. Por no hacer castillos en la playa, los tienen que hacer en el aire. No confían, pero se aseguran. Yo creo que lo original está de parte de los niños. Allí está el amor y la ilusión. Nosotros, erre que erre, lo más que intentamos es hacernos como niños. Como... Hasta en la humildad nos comparamos orgullosamente. Aquello de Kant, el «como si...» de sus ideales —como si Dios..., como si el alma...—, es una pedantería bien gorda. Como si Dios fuese a estar hecho a nuestra medida.

Antes de acabar, una cosa. Me diréis que todo esto no vale nada, que es una hipótesis falsa. Que la Virgen no hablaba español... Yo me refería al diálogo interior que enseña el alma con sus dientes blancos. Allí todos pueden entenderse. ¿Sabéis qué se habla? El esperanza. En serio.

El esperanza es al revés del esperanto. Sirve para hacer más difícil la vida, más incómoda, porque se empeña en estirarla infinitamente. No lo oiréis en ningún congreso, porque es cosa de amigos, de caminantes y no de turistas, aunque sean científicos. No hay *assimil* capaz de formularlo, porque es distinto en cada hombre. Está hecho con una sola raíz, la de uno mismo, pero echa hojas y aun frutos para todos. Sus palabras, en vez de vestirse de rojo en los labios, de herir o de pintarse, presumidas de disimulo o engaño, se ponen una casulla verde como las muchachas que van de romería a buscar su amor, se ponen una ramita de madroño en la boca.

En esa lengua no se puede hablar nunca mal de las cosas, de todas se espera algo bueno. En él no hay palabras inútiles. Todas son una

promesa. Y ya se sabe que los prometidos viven de la inminencia del amor.

Cuidado con él. Siendo el idioma de allá adentro, es la lengua prohibida, el tabú intocable de los dictadores del espíritu, los filósofos, por aquello del regionalismo y la anarquía. El hombre que habla el esperanza es libre y está salvado. Lo único que tiene fácil es el pretérito pluscuamperfecto, el arrepentimiento, y las sintaxis de sus oraciones, la plegaria.

Lleva algo de lengua romance, ese latín vulgar que hablaban los peregrinos y no sabía de distinciones entre volo, diligo y amo, sino que era romance totaliter: lengua al mismo tiempo, con que se habla en la plaza, se escribe el romance de amor y la novela... y que sacan los niños con un palmo de dedos sobre la nariz para ponerse a distancia de las personas serias.

La Virgen fué maestra de esperanza. Al acabar cada lección abrazaba al niño y le enrollaba el corazón como un trompo. Y él lo sentía bailar en su cuerpo. Por eso los puntos, esa zancadilla para que nos callemos, en el esperanza son como pararse, mirar atrás y adelante por un anteojo, abrazarlo todo con amor. Luego, dejar el corazón como una perinola en la mano amiga. De modo que punto final. Y tú la llevas.

Ramiro Reig, S. I.
Colegio San José, PP. Jesuítas
Gran Vía Fernando el Católico, 72
VALENCIA